

Stonewall

Cincuenta años de resistencia con los tacones y las plumas puestas

Julián Zapata Rincón (Santa Putricia)

Quería hacer añicos todo lo que pudiera imaginar en ese momento y hacer daño a todos los que me habían hecho daño a lo largo de los años.

[...] Las travestis son los homosexuales más liberados del mundo. Hemos tenido la valentía de alzarnos y luchar en la línea de frente desde muchos años antes de que el movimiento gay naciese.

Desde tiempos inmemoriales, mis hermanas y hermanos se liberaron de esta mierda de sistema que las ha estado oprimiendo – [sic] excluidas del terreno de los hombres, definidas por las leyes de los hombres y encontrándose con los hombres cara a cara en sus tribunales de justicia. Hemos liberado sus cuartos de baño y las calles con nuestros atuendos femeninos o masculinos. Por comprometer las leyes de los hombres nos han metido en la cárcel acusadas de suplantación de identidad.

Sylvia Rivera¹

Amanecer del sábado 28 de junio de 1969 en el 53 de Christopher Street, en Greenwich Village, Nueva York. La policía ingresa al Stonewall Inn para hacer una redada habitual buscando a gais, lesbianas, *drag queens* y transexuales, a toda aquella persona que no encajara en el sistema heteronormativo, a quien se atreviera a sublevarse contra ese sistema opresor. Esas redadas eran frecuentes entonces; los policías tocaban los genitales de quienes usaran prendas femeninas y que generaban “dudas”, y si encontraban mujeres trans, eran puestas bajo arresto. Lo mismo hacían con las personas que no usaran al menos tres artículos de ropa acorde con el sexo con el que habían sido marcadas al nacer, eran arrestadas y llevadas a un calabozo, salvo que pagaran un soborno.

Habría sido una noche más, una redada más, pero, en aquella ocasión, una serie de eventos simultáneos marcarían la que sería reconocida como la noche en la que por primera vez un grupo de gais, lesbianas, trans, travestis y *drag queens* se rebelaron contra la policía. Estaban cansados de ser vistos como parias y de ser perseguidos por esa institución que percibían como el verdadero enemigo, que los trataba como si fueran animales, que los encarcelaba y los violaba. En esa ocasión decidieron no mostrar sus documentos, ni dejarse llevar al baño para que les revisaran sus genitales. Decidieron tomar piedras y botellas para liberarse de la opresión.

Sylvia Rivera y Marsha P. Johnson fueron las protagonistas de uno de los momentos más importantes de las luchas LGBT. Esa noche Sylvia gritó “¡Libertad! ¡Al fin somos libres!”² mientras que Marsha lanzaba piedras a los vehículos de la policía. Dos mujeres trans, dos *drag queens*,³ dos afeminadas, una afro y la otra de ascendencia latina, ambas pobres, ambas representantes de la mayor marginalidad, entonces y ahora, fueron las que se adelantaron en el frente de batalla, las que *pusieron el culo* como Lemebel afirma en su manifiesto.

Mientras tanto, en Medellín, a 3.834 kilómetros de Stonewall, ese mismo 28 de junio de 1969 fue puesto bajo arresto un “extravagante” por el robo de una peluca que la “traía loca, loca. Casi de perder el juicio...”⁴ De ella nunca sabremos su nombre porque para proteger el “honor” de su familia no quiso decirlo cuando

la arrestaron; al final devolvió la peluca al Salón de Belleza Mariela, ese mismo que hoy es una academia de belleza. Este acto no generó entonces una ruptura ni disturbios, pero es importante recordar y hacer protagonista de nuestra historia a ese “extravagante”, a esa loca, seguramente afeminada, de la que no sabemos su identidad, pero que vivió un proceso histórico para hacerse valer.

El suceso de Stonewall no es el único momento de ruptura en nuestra historia marica, es una de muchas historias, de muchas batallas que hemos dado y seguimos dando cada día, pero, desde ese día, nuestras luchas se impusieron y se propagaron por muchos lugares. ¿Por qué es importante recordar los disturbios de Stonewall y las otras historias que no han sido narradas con igual despliegue?

Cada mes de junio, en muchas partes del mundo se celebra el mes de la diversidad con una marcha del orgullo LGBT. Muchas personas salen a marchar, pero otras tantas se quedan en casa porque dicha marcha no las representa, porque las travestis, locas, plumas, trans son para ellas una vergüenza, y no quieren que se les asocie con esa imagen de “degeneradas”. Esto es lo que hemos conocido como blanqueamiento de las luchas. Muchas de esas personas, tanto las que se quedan en casa como algunas de las que salen a marchar, se han olvidado de que hemos sido nosotras las degeneradas, raras, locas, travestis, las que iniciamos las luchas. Han olvidado que gracias a Marsha P. Johnson y Sylvia Rivera hoy gozan de derechos en muchas partes. Nos han querido callar como trataron de hacerlo con Sylvia Rivera en el mitin por el día de la liberación de 1973, cuando pretendían arrebatárle el micrófono durante su discurso:

Y'all better quiet down (Calladita estás más guapa): ¡Llevo aguantando aquí de pie todo el día, por vuestros hermanos gays y hermanas lesbianas encarceladas! Me han estado escribiendo

toda la puta semana y preguntándome por vuestra ayuda, y ninguna de vosotras ha hecho una mierda por ellas. ¿Alguna vez os han pegado y violado en la cárcel? Pensad en eso.⁵

El blanqueamiento de las luchas es un proceso que se viene dando casi desde ese mismo 28 de junio de 1969, cuando esa población LGB blanca, de clase media, ha buscado la forma de encajar en el sistema heteronormativo, pasar desapercibidos, no como forma de supervivencia o de mimetización, sino más bien de asimilar el mismo modelo violento y replicarlo como ideal de vida, de ser de bien. Su *asimilacionismo* ha sido tan fuerte, que han olvidado sus historias y las han querido cambiar. Nos han querido borrar. Basta con recordar la película *Stonewall* de 2015 del director Roland Emmerich, en la que el protagonista y héroe es un joven blanco, atractivo, masculino, cuerpo de deseo de muchos hombres gays; supongo que, a este director blanco, hombre, serio, al que no se le nota, se le ocurrió que dos trans, una negra y la otra latina, no merecían ser mostradas en su película como lo que fueron: las heroínas de esa noche.

Esta población LGB de personas cis,⁶ gente de bien, que nunca quiso ser parte de la fuerza transformadora, siempre quiso encajar y devolver la violencia heterosexual a nosotras las trepadas, travestis, maricas. Nunca tuvieron la fuerza marica, la furia travesti para atacar de frente y sembrar el terror que desestabiliza los órdenes y las instituciones.

Los y las travestis son la gente más oprimida de la comunidad homosexual. Mis hermanos y hermanas son violadas y asesinadas por cerdos, heteros e incluso a veces por otros homosexuales estirados que las consideran como la lacra de la comunidad gay. Lo hacen porque no están liberados. Las travestis son los homosexuales más liberados del mundo. Hemos tenido la valentía de alzarnos y luchar en la línea de frente desde muchos años antes de que el movimiento gay naciese.⁷

Hoy, más que nunca, es importante que los movimientos maricas, travestis, trepadas, trans empecemos a alzar de nuevo la voz, con más fuerza; ya hemos dejado durante mucho tiempo que la población gay y lesbiana, a la cabeza de hombres y mujeres de clase media, de personas cis, sean las que hablen por nosotras. Es hora de pararnos firmes, con nuestros tacones más altos, demostrando lo monstruosas y poderosas que podemos ser.

Aquí estamos desde mucho antes de la llegada de los colonos que impusieron su sistema binario del género, que nos han obligado a pensar en azul y rosa. No queremos encajar en su régimen heterosexual violento. No queremos que nos representen en la publicidad y los medios con hombres “serios, normales, que no se les nota la maricada”, que forman una familia homo-nuclear; no todas soñamos con casarnos, ni formar una bonita familia. No queremos asimilar sus sistemas opresores, queremos destruirlos. Somos las degeneradas, las raras, plumas, locas, travestis, trepadas, trans, las que ponemos todos los días nuestros cuerpos en la batalla, las que con orgullo nos llamamos maricas porque le perdimos el miedo a esa palabra y porque no podemos ser felices *-gais-* en un mundo en el que siguen matando a nuestras hermanas trans y donde el sistema judicial ni siquiera se preocupa por investigar estos crímenes. Estas hermanas son doblemente violentadas cuando ni en la muerte les respetan el nombre que eligieron en vida. No pudieron esclarecer la muerte de León Zuleta, pionero de las luchas LGBT en Colombia, ¿qué será de nosotras cuando nos asesinen?!

¿Por qué entonces, todavía, un manifiesto *queer*?:

Bueno, sí, “gay” está muy bien. Tiene su lugar. Pero muchas lesbianas y hombres *gais*, cuando nos despertamos a la mañana nos sentimos enojados y asqueados, no “gay” [alegres]. Así que elegimos llamarnos maricas. Usar

“marica” es una manera de recordarnos cómo nos percibe el resto del mundo. Es una manera de decirnos a nosotres mismas que no tenemos que ser personas sagaces y encantadoras que llevan su vida con discreción y marginada del mundo hetero. Usamos marica como hombres *gais* que aman lesbianas y lesbianas que aman ser maricas. Marica, a diferencia de *gay*, no significa ser varón. Y cuando se dice ante otras *gais* y lesbianas, es una manera de sugerir que cerramos filas, y nos olvidamos (temporalmente) de nuestras diferencias individuales porque estamos ante un enemigo común más insidioso. Sí, marica puede ser una palabra dura, pero también es un arma astuta e irónica que podemos robar de las manos del homofóbico y usar contra él.⁸

Notas

- 1 Rivera, S. (2014). “Cada cosa destructiva. Un ‘diálogo’ entre Sylvia Rivera y unos cerdos” y “Travestis: tus hermanos y hermanas de la revolución”, en: *Street Transvestite Action Revolutionaries. Supervivencia, revuelta y lucha queer antagonista*, Madrid, Distribuidora Peligrosidad Social, pp. 19 y 21.
- 2 Rivera, S. (2014). “Travestis: tus hermanos y hermanas de la revolución”, op. cit., p. 19.
- 3 Nombro a Sylvia y a Marsha P. Johnson como *drag queens* porque así se nombraban ellas en muchas de las entrevistas que les hicieron.
- 4 Naranjo Yarce, E. A. y Bustamante Tejada, W. A. (2015). *Homosexuales y travestis. Memorias de Guayaquil*, Medellín, Universidad de Medellín, p. 127.
- 5 Rivera, S. (2014), “Calladita estás más guapa”, op. cit., p. 32.
- 6 Cis, personas cis o cisgénero hace referencia a aquellas personas cuya identidad de género coincide con el sexo que les asignaron al nacer.
- 7 Rivera, S. (2014), “Travestis: tus hermanos y hermanas de la revolución”, op. cit., p. 21.
- 8 Adaptación personal de un aparte del Manifiesto “Queers lean esto” de *Queer Nation*, disponible en línea: <https://tallerdeteoriaqueer.files.wordpress.com/2013/05/queer-nation-queers-lean-esto1.pdf>. Recuperado el 19 de mayo de 2019.

Julián Zapata Rincón es Maestro en Artes Plásticas de la Universidad Nacional de Colombia — Sede Medellín —.



Santiago Monge. *Autopoesis 3*. Fotografía en color. Dimensiones variables. 1998-2000